

tor caer en la cuenta de que hay muchas razones para reconocer que la religión enriquece al hombre y contribuye a que alcance su plenitud.

Francisco GALLARDO

G. AMENGUAL, *Antropología filosófica*, Colección Sapientia Rerum, Serie de manuales de Filosofía, BAC, Madrid 2007, XXVIII + 464 pp., 21,5 x 14,5, ISBN 978-84-7914-914-7.

La Biblioteca de Autores Cristianos ha comenzado la publicación de la Serie de manuales de Filosofía que vienen a sumarse –con una finalidad principalmente propedéutica– a la colección de manuales teológicos en curso desde hace ya algunos años.

El texto dedicado a la Antropología filosófica se ha confiado a un buen conocedor de la filosofía contemporánea (Kant, Hegel, Heidegger, Max Scheler, Ricoeur, son los autores más citados). Pero está presente también el pensamiento clásico (sobre todo Aristóteles, San Agustín y Tomás de Aquino) que sirve de contrapunto al giro hacia la conciencia propio de la modernidad. Con todo, por detrás de las ideas de los autores expuestos, el hilo conductor de la exposición sigue una concepción cristiana del hombre, ser abierto a la trascendencia –al mundo, a los otros, y principalmente a Dios–. Así pues, la referencia a la filosofía de la religión, y en última instancia al saber teológico, está orientando de un modo u otro la redacción de estas páginas.

La elaboración de un manual de Antropología filosófica resulta particularmente compleja, no sólo por tratarse de una disciplina relativamente reciente, sino también porque en la actualidad asistimos, por un lado, a una teorización de gran alcance donde la Antropología vendría a ocupar el papel hegemónico fundante que durante siglos ha correspondido a la Metafísica. Por otro lado, encontramos planteamientos prácticos marcadamente antihumanistas, donde las fronteras entre el ser humano y no-humano se han difuminado de hecho hasta el punto de casi desaparecer (biotecnologías, híbridos animal-hombre, etc.). ¿Es el hombre la explicación última de la realidad o es sólo un ser natural más sometido a las leyes anónimas de la materia? Entre estos dos extremos es preciso encontrar el punto de equilibrio tan difícil de sistematizar de manera coherente.

En el primer capítulo del libro se estudia el estatuto científico de la Antropología filosófica. El autor reconduce los excesos enciclopedistas (y kantianos) de reducir todo el saber a la pregunta sobre qué es el hombre. De este modo no tiene inconveniente en admitir que la pretensión de ultimidad que se asigna a la Antropología filosófica desvirtúa a esta disciplina, y de modo más general a la Filosofía misma. Como se anuncia en el prólogo, el fundamento último del saber, la explicación última de la realidad, no se encuentra en el hombre, sino que remite a otros, y más concretamente a Dios. La tarea fundamental de la Antropología filosófica no es tanto la de fundamentar toda la realidad, sino la de articular unitariamente la diversidad de saberes sobre el ser humano. Con Scheler y Heidegger, el autor denuncia la ignorancia sobre el ser humano que se esconde detrás de la inflación de datos procedentes de las ciencias experimentales y de las ciencias humanas (p. 10). En realidad, como el mismo autor reconoce al principio del libro (pp. 22-23), lo que en este texto se desarrolla se parece más a una filosofía del hombre (lo que los filósofos han dicho sobre el hombre) que a una Antropología filosófica (síntesis de saber obtenido en diálogo con las ciencias experimentales y humanas).

Coherente con el planteamiento adoptado, ante la cuestión sobre la esencia del hombre, el autor apuesta por dejar abierta la pregunta por tratarse de un objeto que no se deja objetivar ni circunscribir. Citando a Ortega afirma que «el hombre no es un *factum*, sino un *faciendum*», es decir, un ser histórico; un ser que se realiza en la historia (pp. 12-13). El hombre es el ente «que tiene su ser como encargo, que es un ser a-ser» (p. 29). Sin embargo, a renglón seguido, aclara que esto no quiere decir que sea una pura indeterminación, sino que tiene unas disposiciones (determinaciones o estructuras) que son fácticas (corporeidad, ser-en-el-mundo) y también proyectos (posibilidades abiertas). Esta idea del hombre como ser «a-ser» sirve de hilo conductor del esquema del libro, que se divide en tres grandes apartados: I. Estructura (natural); II. Determinación (o autorrealización); III. Límite (finitud).

La primera parte del libro estudia, por consiguiente, la estructura fundamental del ser humano como ser abierto al mundo (cap. 2), que se manifiesta en primer lugar en su corporeidad (cap. 3). El autor se aparta del planteamiento griego (el hombre como animal racional) y comienza su análisis por la corporalidad por ser fenomenológicamente el

primer rasgo que se nos aparece a la conciencia. La corporalidad no es una parte del hombre, sino el modo de ser del hombre. Por eso se puede afirmar que *soy mi cuerpo* (por no ser algo extrínseco a mí) y al mismo tiempo *tengo cuerpo* (puedo objetivarlo, dominarlo). Y esto es así porque el espíritu humano se encuentra entreverado en el cuerpo: el ser corporal no es un modo de ser opuesto al del espíritu, sino que lo implica (pp. 70-74). El análisis de la estructura del ser humano se completa con el estudio de la afectividad (cap. 4), el lenguaje (cap. 5), la sociabilidad (cap. 6), la conciencia y la mente (cap. 7, donde se aborda el problema mente-cerebro), hasta concluir en el concepto de persona (cap. 8), que es en realidad el puente de unión con la segunda parte del libro. Por su carácter espiritual, la persona es capaz de proyectarse libremente en el futuro, de «autoconstruirse» hasta cierto punto, por su libertad o autonomía existencial.

La segunda parte del libro arranca con la identidad personal (cap. 9) que no es sólo algo dado sino algo que se construye, en virtud de su libertad (cap. 10), y de su actividad –acción, trabajo o técnica– (cap. 11). La autodeterminación del ser humano se realiza en la historia (cap. 12) y en la cultura (cap. 13), e implica necesariamente una construcción de la sociedad mediante lazos de solidaridad (cap. 14).

La idea del hombre como «constructor» de sí mismo choca con la experiencia de los límites de la vida humana, objeto de la tercera parte del libro. Como afirma el autor, los límites no se sitúan más allá del espacio y del tiempo humano, como en los márgenes de su existencia, sino en el medio de su vida y su quehacer. La conciencia del límite ontológico (existencia del mal, cap. 15), moral (la caída –cap. 16– y la culpa –cap. 17–) y temporal (la muerte, cap. 18), se encuentra presente «en medio de la vida» y pesa decisivamente en el sentido que se le da a la propia existencia y en las decisiones libres.

Muchos aspectos positivos podrían destacarse de esta aproximación actual al problema del hombre: originalidad del esquema, diálogo con muy diversos autores clásicos y modernos, sistematicidad y coherencia de la exposición, etc. Por otro lado, son de agradecer también otros aspectos más didácticos: generalmente las nociones antropológicas fundamentales (persona, alma, libertad, sociabilidad, historia, etc.) vienen precedidas de aclaraciones terminológicas así como de una precisa historia del concep-

to. Se consigue así mostrar la complejidad de los términos filosóficos, evitando visiones simplistas o reduccionistas. Además, cada capítulo viene precedido por una referencia bibliográfica bien escogida, así como por una selección de textos que pueden servir de comentario en las clases. El índice de nombres –muy completo– facilita la consulta por autores.

Quizás puede llamar la atención, especialmente al lector de formación más clásica, la ausencia de referencias explícitas a la Metafísica. En efecto, al tratar, por ejemplo, del método de la Antropología filosófica, principalmente se hace hincapié en la hermenéutica y fenomenológica, así como en la historia y en la pragmática; pero no se encuentra ninguna referencia expresa a la posible relación con la dimensión metafísica de la persona. Sin embargo, el autor se refiere a la Antropología filosófica, ante todo, como un saber filosófico, puesto que pretende un saber unitario y global, características atribuibles también a un saber sapiencial de tipo metafísico. No en vano para Aristóteles la Metafísica era la «filosofía primera». Por eso hay elementos que invitan a pensar en una «mediación silenciosa» del saber metafísico, o en todo caso en una fenomenología y hermenéutica implícitamente abiertas a una «filosofía del ser».

En definitiva, se trata de un texto valioso, rico y original, que servirá para dialogar con el pensamiento actual en un lenguaje moderno. De gran utilidad para profesores de Filosofía; para los no iniciados requerirá quizás de un previo bagaje filosófico, principalmente del pensamiento contemporáneo.

José Ángel GARCÍA CUADRADO

E. SCHOCKENHOFF, *Grundlegung der Ethik. Ein theologischer Entwurf*, Herder-Verlag, Freiburg-Basel-Wien (2007), 584 pp., ISBN 978-3-451-28938-5.

Tras la lectura y el estudio de este libro se puede suscribir con segura conciencia la apreciación expresada en sus solapas: que el lector tiene en sus manos un «gran proyecto que cambia la comprensión de la ética».

Eberhard Schockenhoff ha logrado presentar una visión de la ética, anclada en la razón y la fe, que produce en el lector una sensación de gozoso alivio. El libro está estructurado en dos amplias partes de igual exten-